

PRODUCCIÓN CONSUMIDORA: EL TERRITORIO DOMÉSTICO ANTE EL “AJUSTE”*

RICARDO G. ABDUCA**

En este texto busco hacer más visible cierta situación social usualmente aludida en los estudios sobre marginalidad, pobreza y “sector informal” en América Latina; situación caracterizada ante todo como compuesta por “unidades domésticas”, (generalmente urbanas) que ante los escasos e irregulares ingresos monetarios desarrollan “estrategias de supervivencia”, que se consideran separada y aditivamente. Típicamente, se enfatizan, como prácticas definitorias de “estrategias de sobrevivencia”: a) la venta de fuerza de trabajo; b) el “autoempleo” o la “venta de bienes y servicios”; c) las ayudas solidarias entre parientes y vecinos; d) La “autoproducción”, a veces llamada “autoconsumo”: producción de bienes a consumir directamente por los productores.

Ahora bien, ¿cómo se vinculan, por ejemplo, la práctica de la “autoproducción” con la del “autoempleo”, y cómo ambas dos con la venta de fuerza de trabajo? Trataré de mostrar que para ver con precisión esas vinculaciones se necesita una teoría coherente de las relaciones domésticas que pueda examinar unitariamente los distintos fenómenos en que se verifica el entrelazamiento de relaciones capitalistas y domésticas. Como avance en ese sentido, voy a exponer aquí cierta perspectiva de análisis, buscando dar cuenta algunos tipos de respuestas que, frente al “ajuste”, son practicadas por quienes, relativamente expropiados de su capacidad productiva directa, tienen acceso esporádico al mercado de fuerza de trabajo.

En la llamada “acumulación flexible”, opuesta al régimen fordista de acumulación parecen estar más claros los aspectos negativos (qué no es, qué destruye o “desconstruye”) que los positivos: predominantemente se llama así el “ajuste” a la transformación del régimen anterior. Parece estar claro que “ajuste” supone, para los

* Agradezco a Enrique Arceo por sus observaciones.

** Antropólogo. Becario de la Universidad de Buenos Aires (UBA) en el Instituto de Ciencias Antropológicas, y en el Instituto de Ciencias Sociales. Programa de Investigaciones sobre Cambio Social (PICaSo).

asalariados, alta posibilidad de desempleo, subempleo y menor ingreso. Busco acá desarrollar ciertas hipótesis sobre algunas alternativas posibles que se abren a unidades familiares que tienen como condición de existencia el acceso al mercado capitalista de fuerza de trabajo en una situación caracterizada por la dependencia de un salario y por bajos ingresos. Se intentará demostrar que el análisis en términos de *producción consumidora*, que se definirá más abajo, no es una propuesta meramente terminológica, sino que aporta una precisión dentro de lo usualmente mencionado como reproducción de la unidad doméstica o reproducción de la fuerza de trabajo. En ciertos abordajes antropológicos sobre el consumo -como el de McCracken, o el de Douglas e Isherwood- se trata ante todo de la sustituibilidad de valores de uso entre sí como forma de producción de identidades y alteridades sociales, con énfasis en el consumo suntuario. En este esbozo se quiere ante todo destacar la sustituibilidad parcial de valores de uso de origen mercantil por trabajo doméstico. Los casos con que se ejemplifica provienen de diversas realidades históricas; heterogeneidad aceptable a este nivel de generalidad: cualquier situación social donde las relaciones capitalistas dominen coexistiendo con relaciones domésticas.

Producción consumidora

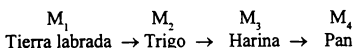
Con la construcción de relaciones capitalistas se tiende, en principio, a subsumir al *productor* directo, rompiendo su autonomía; subsunción que da lugar a un *trabajador*, casi totalmente heterónimo. Con todo, nos encontramos hoy con la persistencia subordinada de un sector campesino -vinculado al mercado de productos, al de trabajo, o a ambos. Además, con ciertas formas productivas conocidas como «actividades económicas informales» correspondientes al «sector informal urbano». En este último caso el desocupado recurriría a una «autogeneración de empleo». La cual se ha definido como el momento en que «la fuerza laboral no incorporada [al mercado] autogenera su puesto de trabajo. Constituyendo pequeñas unidades productivas con lógicas de acumulación y procesos de producción distintos al sector moderno» (Chávez 1987: 155). *El trabajador*, se dice, no sólo es consumidor, sino que *pasaría a ser un productor* sui géneris.

Es central al respecto comprender el carácter de la relación entre «trabajador» y «productor», la cual tiene grados determinados de escisión, dependiendo de qué forma social se trate. Para precisar el carácter autónomo o no de estas relaciones se requiere encontrar una forma de precisar formas sociales de consumo.

La producción es también inmediatamente consumo (*Konsumtion*). Doble consumo, subjetivo y objetivo: el individuo que al producir desarrolla sus capacidades las gasta también, las consume en el acto de la producción, exactamente como la reproducción natural es un consumo de fuerzas vitales. En segundo lugar, consumo de los medios de

producción que se emplean y se usan... Es claro que en la nutrición... que es una forma de consumo, el hombre produce su propio cuerpo. Pero esto es igualmente cierto en cualquier otra clase de consumo que produzca el hombre. Producción consumidora (*Konsumtive Produktion*). (Marx [1857]/1971: 10-11).

«La producción es también inmediatamente consumo». Este tipo de trabajo, «producción consumidora», «produce al hombre mismo»; es, a la vez, gasto corporal y condición de posibilidad de lo corporal: «doble consumo, subjetivo y objetivo». Como decía un personaje de Shakespeare, el mundo «se gasta a medida que se desarrolla» (*It wears... as it grows*). A primera vista el «consumo productivo» remitiría al desgaste de herramientas, a la consunción de combustibles y energía laboral, a la transformación de la materia prima. «Producción consumidora», por su parte, aludiría al conjunto de procesos que acondicionan a un producto para el disfrute final. A esto habría que agregarle el «consumo propiamente dicho» (que podría llamarse *consumación* o *consunción*): «opuesto aniquilador de la producción» (ibid.). ¿Pero cómo distinguirlos con precisión si “toda producción es inmediatamente consumo”? Estos tres momentos o variaciones (consumo productivo, producción consumidora y consumación) sólo toman sentido considerando al proceso productivo en su conjunto. Supongamos un proceso donde:



Si quien labró la tierra es quien comió pan, no hay modo de separar al consumo productivo de la producción consumidora. En cambio si un sujeto *B* compró trigo a un labrador *A*, y *B* muele harina, amasa pan y lo consume, los momentos M_1 y M_2 son de consumo productivo; M_3 y M_4 , en cambio, producción consumidora. Aunque el consumidor compre el pan, siempre quedará un resto de producción consumidora (habrá que trasladarse, cortar pan, etc.): su reducción sólo puede ser asintótica.

Esta doble puntuación, tanto en su faz temporal como en su faz distintiva de consumo productivo y producción consumidora, sólo cabe tomando en cuenta al proceso productivo en su conjunto, incluyendo a las transformaciones que preceden a la consumación del producto; asimismo, considerando a la existencia de distintos productores privados, la división social del trabajo.

Producción social y territorialidad

La producción consumidora es un momento o variación del concepto de *producción social*. Éste está inseparablemente unido al de *propiedad*, en una zona no discernible en principio, donde el personaje involucrado es tanto *productor-consumi-*

dor como *propietario*. El plano inmanente u omnipresente desde el cual podemos pensar conjuntamente a la producción social y a la propiedad es el de las condiciones de existencia humanas o “materialidad”.¹

El concepto de producción social es inseparable con respecto al de propiedad; en ambos conceptos podemos localizar al menos dos componentes comunes: tierra (condición de producción), y cuerpos humanos. Si las condiciones de existencia son corporales y no corporales, podemos llamar territorio mínimo al cuerpo y al espacio necesariamente involucrado en las condiciones de existencia corporales y no corporales del individuo. Aunque pueden discernirse tantos territorios como instancias correctas de análisis, tantos territorios como relaciones sociales, *no es pensable ningún cuerpo sin su territorio propio*, por reducido que éste se halle. En cada punto de lo social se van verificando constantemente relaciones -de inclusión, codependencia, subordinación- entre unos territorios y otros: relaciones que constituyen una *territorialidad*. Esta territorialidad es la formación social en su dimensión espacial.

“Producción social” alude así a las condiciones en que los cuerpos productivos hacen emerger de la tierra a los productos; los componentes del concepto son: la tierra, los cuerpos y los productos. Estos componentes comunes conforman una zona de inseparabilidad, el territorio: tierra delimitada socialmente, cuerpos humanos territorializados. Los componentes conceptuales mínimos de la relación de propiedad son: la tierra y sus productos, los cuerpos así territorializados y las condiciones en que esos cuerpos pueden reiterar su existencia territorial en un enfrentamiento social -posibilidad de *defensa* del territorio.²

Siendo el territorio el componente común a los conceptos de propiedad y de producción social, al tener en cuenta la *relación entre territorios* o *territorialidad* podemos aprehender lo siguiente.

a) Las *relaciones* establecidas en torno a los *productos de los territorios*. Podemos inteligir así a las otras variaciones fundamentales del concepto de producción social: intercambio y distribución. El *intercambio* supone la relativa autonomía de cada uno de los territorios. No obstante, el hecho mismo del intercambio supone que aquéllos se abren y vinculan. Hay intercambios ocasionales o coyunturales, y hay otros en los que se verifica una verdadera codependencia entre ambos intercambiantes: aquéllos pueden considerarse entonces como partes de un tercer territorio que los incluye.³

En lo relativo al proceso productivo, la *distribución* es mediación entre la producción y sus condiciones y la consumación o goce final. No sólo es distribución de cosas sino también distribución o territorialización de los individuos: cuerpos humanos investidos socialmente por determinadas relaciones de producción (estructurales), actualizadas constantemente en las distintas posiciones sociales y relaciones de fuerzas (coyunturales) que el movimiento histórico presenta. Posiciones relativa y parcialmente corregibles en los vericuetos tácticos dependientes de la ocasión (los acontecimientos): entorpeciéndolas o facilitándolas, amortiguándolas o acentuándolas. Se verifica así un

campo de fuerzas sociales donde en la distribución se miden las posiciones de los diversos grupos humanos allí incluidos.

b) La dimensión *poder*: hay diferencias drásticas en la fuerza social que unos cuerpos u otros pueden acumular y realizar, hay desigualdades en las condiciones de goce o consumación de las cosas. En el proceso incesante de formación y realización de poder, (en el proceso de construcción y destrucción de relaciones sociales) hay grupos humanos que toman la iniciativa y otros que aparecen a la defensiva. El poder, entendido como construcción, reiteración y destrucción de las relaciones sociales, aparece como relación entre las respectivas *condiciones* en que cada territorio puede ser *defendido*. Aquí también podemos ubicar una zona inseparable y tautológica: poder-resistencia. La cual a su vez es discernible al tener en cuenta a la desigualdad de los grupos sociales: hay quien tiene la iniciativa y quien está a la defensiva. Sólo examinando el proceso histórico de constitución y posicionamiento de los grupos sociales podemos entender qué prácticas actualizan o extienden la hegemonía y cuáles son contrahegemónicas o resistentes.

Este marco abstracto (no hay producción en general) nos sirve empero para pensar la territorialidad presente en las relaciones capitalistas. El estado capitalista va trazando en su movimiento la frontera entre lo individual-privado, (incluyendo aquí a las relaciones familiares) y lo público (Poulantzas [1978]: 81-82); la producción capitalista traza a su vez la frontera entre territorios privados de cooperación productiva, de acceso y egreso restringido (“el trabajo”) y territorios de consumo privado (“la casa”). En síntesis, si la territorialidad máxima pensable es la formación social (en sus niveles regional, estatal-nacional y de mercado mundial) la mínima o celular del orden capitalista es la que se abre, como veremos más abajo, entre el ámbito productivo de la cooperación capitalista y el ámbito doméstico de producción consumidora. Consumo productivo y producción consumidora son variaciones sólo demarcables a partir de la existencia de territorios distintos. Veremos entonces algunas relaciones entre la producción consumidora y la demarcación de un territorio.

Capacidad laboral doméstica y producción consumidora

Las relaciones domésticas son aquellas en las que no se verifica totalmente la discernibilidad entre producción (consumo productivo) y consumo (producción consumidora), en las cuales un productor directo consume, al menos parcialmente, lo que produce. Relaciones que vinculan a un grupo de individuos, la “unidad doméstica”, definido no tanto por relaciones de parentesco, (que constituyen no obstante su *forma* general de vinculación) sino ante todo por una *comensalidad*, la cual supone la residencia compartida como condición de que se pueda cooperar en procesos de producción consumidora. Esta comensalidad es el territorio propio que no está mediado por transacciones de intercambio de productos.

Tal comensalidad no es el único elemento de reproducción social de tales individuos, como parece sugerir el enfoque que ve a la “unidad doméstica” como unidad de la producción y el consumo. Dos o más relaciones productivas, como sugirió Deere (1990), pueden contraerse simultáneamente por un individuo; (por ejemplo, asalariado y campesino: zafretero y pastor). Al respecto, puede considerarse a la relación de producción basada en el parentesco, (*kin-ordered*, en términos de E. Wolf [1982]), a la tributaria y a la capitalista como las tres fundamentales. Wolf distingue así tres modos de producción, donde el «feudalismo» y el «despotismo asiático» son los polos extremos de la forma tributaria (extremos de un espectro definible principalmente por el mayor o menor peso de los intercambios mercantiles y por la relativa fragmentación o centralización del estado del poder, respectivamente). Así mirado, la llamada «unidad doméstica» puede definirse como constituida históricamente por una relación de producción basada en el parentesco. No obstante, esta relación de parentesco puede ser redefinida socialmente: hablaremos de una situación campesina si la producción consumidora se ejerce directamente sobre la tierra y sus frutos -los medios de consumo, o parte de ellos, no tienen origen mercantil. En cambio una situación capitalista de consumo es aquella donde el territorio de producción consumidora tiende a reducirse al acondicionamiento de medios de consumo adquiridos en el mercado. Una producción campesina está basada por definición en el parentesco, pero puede ser autónoma (el territorio doméstico es la base de la reproducción social) o incluida subordinadamente en otra territorialidad, ya tributaria, ya capitalista. Jack Goody destacó que «el rol del parentesco disminuye con la importancia de las instituciones gubernamentales» (cit. por Hobsbawm 1994: 340); esta generalización parece ser pertinente en el caso del “desguace” y pérdida de importancia de las formas de seguro social administradas estatalmente -emergentes de un siglo de lucha de los movimientos obreros del mundo. El parentesco cobra así mayor importancia relativa.

Se afirma, con razón, que los productores domésticos en todo el mundo tendencialmente no controlan sus condiciones de reproducción social. Aunque esto es en general indiscutible, debiera matizarse acerca del grado de desposesión. Especialmente en cuanto al control de los medios productivos usados domésticamente y en cuanto a las formas de consumo. Debiera hablarse más bien de grados de control, en un continuum de relaciones de fuerza entre los grupos sociales, verificable parcial y primariamente en el ingreso, entendiendo a éste como el índice cuantitativo de las condiciones en que, (sea tras una transacción o no), se accede a medios de consumo.

Por un lado, aún ya construida la relación salarial, grupos de consumo cuyas condiciones objetivas se les enfrentan como capital y viven del salario, realizan un movimiento específico, que aquí enfocaremos, ligado tanto a las condiciones del consumo como al ingreso. El monto de su salario depende del estado de la relación entre los grupos sociales. En él mismo, justamente, se mide tal relación; en el ingreso de un grupo se verifica su posición en una situación social dada. Por otra parte, en cierto

sentido la larga transición expropiatoria que va desde las sociedades de parentesco y las tributarias hasta la capitalista no ha producido hasta ahora al trabajador totalmente desposeído.

Puede obviarse la heurística de una supuesta sociedad autosuficiente y sin relaciones de intercambio, que ni entre los cazadores-recolectores conocidos parece encontrar sustento empírico (Ingold, Riches y Woodburn 1988). En toda sociedad, entonces, podrían distinguirse producción consumidora y consumo productivo según se produzca o no para otros. No obstante, con la aparición de grupos sociales cuyas condiciones de existencia radican en el intercambiar sin producir se da una mayor escisión. Es éste el caso de comerciantes con diversos grados de autonomía relativa, en incierto equilibrio, con respecto al poder tributario dominante del que emergen: o bien muy baja (los *pochteca* en Mesoamérica, quizás los *mindala* en los Andes del norte),⁴ o bien crecientemente alta (los burgueses medievales).

Distinta es la novedad histórica de la emergencia del productor no trabajador, en formas donde empieza a verificarse la subsunción formal del trabajo al capital. En el *Verlagssystem* en tiempos de feudalismo tardío, en la dependencia con respecto a un comprador que adelanta materias primas (que entonces adquiere otros atributos que los de capitalista mercantil) empieza la pérdida de autonomía del trabajador en el proceso productivo.⁵

Con la forma social llamada de «subsunción real» del trabajo, el capital se introduce en el seno del proceso laboral con una función productiva de tres dimensiones: vigilancia, enlace de los trabajadores en un mismo territorio, y dirección del proceso. La capacidad laboral del trabajador directo aparentemente ya ha sido expropiada del todo, mas *se conserva la capacidad de producción consumidora*. La fuerza de trabajo llega así al mercado tras haber sido (re)producida bajo relaciones domésticas.

Por el contrario, otro es el caso hipotético o heurístico de un «capitalismo integral» donde la economía de mercado rigiese la totalidad de las transacciones (Meillassoux [1975]: 141). O el del proyecto del *Lebensborn* de la Alemania nazi,⁶ o el caso de instituciones históricas de mediados del siglo XIX que parecerían «fábricas prisiones, fábricas-conventos en las que se compra todo el tiempo del obrero, una vez para siempre» (Foucault [1973]: 123). Allí, el tiempo involucrado en procesos de producción consumidora se encontraba radicalmente reducido, con fases importantes anuladas -como la cotidiana preparación y adquisición de alimentos.⁷ Si bien habrían constituido una etapa de los ensayos constitutivos de la forma fábrica, su radical inflexibilidad habría sido la razón de su abandono (ibid., 125).

Estas relaciones entre el territorio doméstico y el territorio productivo, escenario de la cooperación capitalista, son diagnósticas del carácter de la formación social. En situaciones como las establecidas hacia el siglo XVI entre el *Verleger* alemán y el trabajador rural a domicilio, el «trabajo», el ámbito productivo capitalista, está en la «casa», el ámbito de consumo doméstico. En relaciones como las del llamado «capita-

lismo integral», la “casa” -el ámbito tradicionalmente doméstico, aquí reducido a un lugar de residencia- es el “trabajo”: en este último caso el *territorio propio* doméstico ha sido casi eliminado. Entre estas dos formas extremas, la territorialidad capitalista dominante, donde al trabajador se le prescribe moverse, según la famosa síntesis, «del trabajo a casa y de casa al trabajo».⁸

Aquellas instituciones del XIX presentarían un consumo radicalmente no doméstico, que las diferencia de nuestra cotidianidad, donde (incluso a escala del ritmo diario) la existencia concreta del modo de producción capitalista aparece apoyándose sobre un modo de consumo doméstico. Como surge de la contraposición entre aquellos territorios y las formas capitalistas más generales de reproducción de la fuerza de trabajo, la escisión de que se hablaba arriba entre consumo y producción aparece así como resultando en la yuxtaposición de un modo productivo capitalista y un modo doméstico de consumo.

El problema de la *producción* de la fuerza de trabajo puede plantearse como el de las condiciones en que se producen los cuerpos humanos. Si esas condiciones de existencia se nos enfrentan como capital, la *capacidad laboral* debe convertirse en relativa al dinero obteniendo un salario. En esa forma de manifestarse, la capacidad laboral del cuerpo toma la forma de fuerza de trabajo como momento de una circulación simple: vender fuerza de trabajo (o “bienes y servicios informales”) para adquirir bienes de consumo.⁹

Podemos pensar *distintas condiciones sociales de realización de estos bienes de consumo*, según el mínimo esfuerzo en producción consumidora y un alto desembolso (situación parcialmente aludida en la expresión “consumo suntuario”) o, por el contrario, un esfuerzo mayor en producción doméstica como forma de reducir el desembolso monetario.

Primeramente, el caso extremo de quienes prácticamente no interpongan ningún gasto corporal involucrado en procesos de producción consumidora. Se contrata mano de obra para ahorrarse tal esfuerzo, en relaciones salariales donde se realiza un trabajo asalariado que acondiciona al producto para su disfrute, y que por la cantidad de gente que puede involucrar está lejos de carecer de importancia. En los tiempos en que se argumentaba el carácter improductivo de tal trabajo, en Inglaterra y Gales las «clases domésticas» constituyen la principal fracción de la población trabajadora, aun sin contar a las criadas rurales.¹⁰

Inglaterra y Gales, 1861

| Población | Sector | Proporción sobre población activa | Proporción sobre trabajadores |
|--------------|--------------------------|-----------------------------------|-------------------------------|
| 1.208.648 | Asalariados domésticos. | 15,1 | 30,9 |
| 1.098.261 | Asalariados agrícolas | 13,8 | 28 |
| 642.607 | Asalariados textiles | 8 | 16,4 |
| 565.835 | Asalariados mineros | 7,1 | 14,5 |
| 396.998 | Asalariados metalúrgicos | 4,9 | 10,1 |
| 3.912.349 | Trabajadores | 48,9 | 100 |
| c. 8.000.000 | Población activa | 100 | |

Fuente: Elaboración propia en base al censo británico (comentado en *El capital* I, cap. 13, § 6).

Argentina, 1895

| Población | Sector | Relación con total de población activa. | Relación con total de trabajadores. | Relación con total trabajadores con oficio. |
|-----------|---|---|-------------------------------------|---|
| 44.529 | Doméstico | 10,0 % | 13,4 % | 24,5 % |
| 6.515 | Producción de materia prima | 1,5 % | 2,0 % | 3,6 % |
| 102.333 | Producción manufacturera. | 23,0 % | 30,9 % | 56,3 |
| 28.463 | «Personal de fatiga -sin trabajo fijo» | 6,4 % | 8,6 % | 15,7 % |
| 181.839 | Total de población trabajadora con oficio declarado | 40,8 % | 54,8 % | 100,0 % |
| 149.817 | Trabajadores «sin profesión». | 33,7 % | 45,2 % | ----- |
| 331.656 | Trabajadores, en total | 74,5 | 100 % | ----- |
| 445.195 | Población activa, en total | 100,0 % | | |

Fuente: Elaboración propia en base al censo nacional de población (Argentina 1898).

Notablemente, vemos que en la Inglaterra del último tercio del XIX la parte de la población activa destinada a servir domésticamente a los ricos es igual a la de trabajadores productivos.¹¹ En cambio, en un país entonces manufacturero como la Argentina, en tiempos comparables, la población de asalariados productivos duplica a la de empleados domésticos. Esto sugiere como hipótesis de trabajo, para este período histórico, una correlación directa entre el desarrollo extensivo de las clases propietarias emergentes del orden capitalista y el de una amplia población involucrada en trabajos asalariados domésticos. No un “resabio feudal” sino un desarrollo extensivo importante, en el hogar burgués y pequeño burgués acomodado, del empleo doméstico. La extensión de esta forma de empleo habla por sí sola de la importancia del tiempo y esfuerzo involucrado en la cotidianidad doméstica, más acá de ese comercio minorista que parecería ser el límite del movimiento económico.

Encontramos así a personas que no cocinan ni limpian su casa: lo hacen mucamas y cocineras.¹² La dirección y vigilancia de ese personal es una tarea que, según el caso, está a cargo de el ama de llaves o del ama de casa, como puede verse en la descripción histórica del hogar burgués finisecular, (Hobsbawm 1977, cap. 13) o en novelas como *Los Buddenbrook*, de Thomas Mann, escrita en 1900.¹³

El trabajo en producción consumidora puede también ahorrarse a través de la adquisición de trabajo ya incorporado al producto: comida en restaurantes, compra de comidas para llevar, de enseres descartables -como pañales, manteles. Esta ventaja puede provenir del trabajo propio abreviado por el uso de aparatos: hay quien lava ropa a mano y quien lo hace con un lavarropas; quien usa cuchillo y quien usa procesadores eléctricos: artefactos que no se “amortizan” sino ahorrándole gastos al cuerpo que trabaja.

En el otro polo, que es el que queremos destacar aquí, tenemos al *mayor esfuerzo personal involucrado en la realización de valores de uso*. Cuando la macroeconomía se “ajusta”, las relaciones domésticas pueden ajustarse a su vez de diversas formas; destaco aquí que para los millones de hambreados del mundo es vital *reducir a un mínimo el desembolso* en dinero. Gente situada bajo relaciones capitalistas puede hacerlo a costa del *mayor esfuerzo empleado en producción consumidora*.

En efecto, se puede acceder a un valor de uso, análogo a otro que se sustituye y reduciendo el desembolso, al reemplazar la adquisición de una mercancía *A* por la de otra mercancía *B*. Si *A* se adquiere relativamente lista para ser consumida sin más gasto corporal, *B* es adquirida para ser transformada: producida en condiciones capitalistas, entra a un grupo doméstico -que aparentemente sólo es grupo de consumo- como materia prima de un producto que, producido domésticamente, reemplaza a *A*.

Así, hay quien compra pulóveres y hay quien compra lana para tejerlos. Hay gente que se comunica mediante su teléfono privado y gente que debe caminar media hora buscando un aparato público que funcione. Está quien compra una vivienda y quien adquiere un terreno, construyendo él mismo su casa. Quien compra pan y quien compra harina para amasarlo con grasa y maíz de producción doméstica -como muchos

campesinos del noroeste argentino. Más aún, hay fluctuaciones coyunturales, muchas veces vistas como movimientos estructurales de “descampesinización” o “recampesinización”, donde campesinos del noroeste argentino insertos en el mercado de trabajo han aumentado o disminuido históricamente la superficie sembrada en correlación inversa al peso relativo de su ingreso salarial (Abduca 1995). En esta zona, aquel movimiento aparece también en pautas de consumo como la alternancia, por parte de quienes tienen más ingresos monetarios, entre el desembolso para adquirir gas licuado envasado y el trabajo de cortar leña. Puede verse una coexistencia análoga de ambas formas de consumo en la fiesta de Carnaval. Allí actualmente se organizan bailes; en unos hay orquestas (contratadas, de origen urbano, y para reuniones con entrada muchas veces paga), en otros los mismos asistentes ejecutan la música, tocando y cantando lo que saben. Hay ejecutantes de acordeón acompañados por una percusión de latas, bidones de aceite y una antigua botella de gaseosa, hoy fuera del mercado, conservada por ser apta para sonar frotada con un palo. Que se suman a los instrumentos fabricados localmente: *astas* (o *erqenchos*) de asta y caña, y *cajas* -cuyos parches a su vez últimamente tienden a estar hechos de nailon, reciclado de bolsas de arroz o de fideos- con que se acompañan las coplas tradicionales.

Sabemos que el empleo intermitente, con ingreso monetario bajo e irregular, lleva a la exclusión tendencial de la llamada “sociedad de consumo”, donde las mercancías aparecen como interpelando a todos, pero son compradas por algunos -y otras por muy pocos. Con todo, este repliegue parcial de los subempleados, excluidos del consumo de mercancías extraordinariamente variadas, de sustituibilidad casi infinita y continua, (los “modelos” y “marcas” casi forman un continuum) lleva también a la obtención y uso de productos discretos: un *bricolage*, arreglárselas con lo que venga. La producción consumidora puede ser una forma de repliegue, pero es también un ámbito privilegiado de la producción cultural popular. Por un lado, la consumación perpetua de mercancías que no portan más valor de uso que el cuerpo de su envase es el sueño capitalista; en muchas mercancías actuales es un casi un sueño realizado (como los alimentos de alta valorización y bajas calorías, sobre cuya lógica social tan bien ha insistido José Carlos Escudero). A su vez, el “sacar” a un producto, hasta donde se pueda, de la lógica de la valorización, contra el carácter enajenado que las cosas tienen en el orden capitalista, puede ser parte de las metas y logros posibles populares.¹⁴ Si en la expropiación más extrema no hay más posibilidad, por la reducción casi completa del territorio propio, que la consumación pura, puede leerse al grado de extensión de la posibilidad de producción consumidora, al menos en ciertos contextos, como índice de la resistencia a la expropiación. (Piénsese en la situación de la población trabajadora que vive en hoteles, cuya dependencia de un ingreso salarial para destinar a egresos monetarios fijos es mucho mayor que quienes viven en ámbitos directamente domésticos; piénsese en la situación afectiva que significa, cotidianamente, comer solo).¹⁵ Al ser el dinero es un operador espacial y temporal en el sentido destacado por Harvey, en

la desmonetización con que se “ajusta” a los trabajadores se verifica un repliegue hacia un territorio propio que, en ese mismo ajuste, se reduce. El desarrollo de la producción consumidora es índice del grado de repliegue de los expropiados y de las dimensiones de tal territorio.

Producción consumidora y “pobreza”

Dadas ciertas condiciones de existencia de un grupo de consumo (desposesión relativa de medios de producción y venta de fuerza de trabajo por parte de uno o más miembros) podemos hablar de un comportamiento determinado: una pauta o algoritmo. Que aparece como *disyuntiva* entre, por un lado, *realizar* simplemente *valores de cambio*; por el otro, *transformar materialmente medios de consumo* -de origen mercantil o no.

Los economistas registran los niveles en que la demanda de un producto deviene inelástica ante la baja del precio, o las consecuencias del aumento del ingreso per cápita y la consiguiente disminución de la parte del ingreso afectada a la compra de alimentos o productos básicos análogos. No aumenta el consumo de yerba mate o pan ante la baja del precio en la misma medida que aumentaría el acceso a la vivienda si el precio medio de ésta bajara (según la llamada ley de E. Engel). Se acepta así que por encima de un nivel mínimo de ingreso se verifica la propensión marginal de consumo: supuesto un incremento del poder adquisitivo, el aumento del consumo C (la parte del ingreso afectada a la llamada “satisfacción directa de necesidades”) será menor al del ingreso Y : $AC / AY = Z$. Siendo en general menor a 1, Z tendrá un valor más bajo a mayor incremento de ingreso. Podría decirse que en situaciones de bajos e irregulares ingresos la propensión media de consumo tiende a $C / Y = 1$; más exacto es afirmar que en tanto hay producción consumidora la *capacidad de consumo no se correlaciona del todo con el ingreso*. Contra lo que muchos análisis dan por supuesto, no hay ingreso mínimo garantizado.¹⁶ Pero prácticas como las aquí descritas pueden contrarrestar a las caídas del ingreso por debajo del supuesto mínimo. Así, por el esfuerzo en producción consumidora, ante *decrementos del ingreso* monetario *el consumo puede mantenerse constante*. Es en situaciones pauperizadas, donde la ropa o los alimentos están en el límite de la capacidad de compra de los consumidores, donde el mayor o menor tiempo invertido en la producción consumidora cobra más importancia.

La zona que aquí se quiere destacar no es del todo desconocida. Quizás sí lo sea la sugerencia de buscar, a partir del punto de vista de la producción consumidora entendida como variación del concepto de producción social, la vía para la construcción de un modelo que nos permita pensar unitariamente la imbricación de relaciones domésticas y capitalistas en situaciones de dependencia salarial y bajos ingresos (salariales y no salariales), de cara tanto a la situación del mercado laboral como a la de la vida cotidiana. Se pudo hacer tal aproximación a un modelo prescindiendo de los

siguientes tópicos, recurrentes en la producción escrita sobre la “pobreza”, pero discutibles.

A) No se buscó a priori ninguna *intención teleológica* de los capitalistas en beneficiarse de las prácticas domésticas. Lo que no quiere decir que no estén en pie una serie de cuestiones al respecto (p. ej. sobre la vinculación entre las situaciones sociales de consumo y la segmentación de los mercados de trabajo), ni que estas prácticas no se inscriban a menudo en la valorización de capital. Sino que, al no haber ingreso “mínimo” ni inserción permanente en el mercado laboral garantizados, hay cierta producción social que está relativamente afuera de la lógica de la reproducción social global. Aunque pueda contribuir a la formación de ganancias extraordinarias, el trabajo doméstico es un trabajo vivo que no valoriza, directamente, capital.

En general los estudios sobre “pobreza” aceptan la insuficiencia de la distinción entre los “bienes necesarios” y los que no lo son; sin embargo terminan aceptando, como forma de operacionalizar, la forma judicial en que estatalmente se definen las “canastas familiares”. Al respecto, habría que ver hasta qué punto el “mínimo” ha sido, en forma de salario directo e indirecto, un efecto del llamado estado de bienestar. Forma de estado que ha llegado a ser caracterizada, -por tratarse del modo en que el orden capitalista se ha encontrado con sus límites, buscando trascenderlos en una reforma ya no reiterable como atributo central del breve y ya concluido siglo XX (Hobsbawm 1994; y -en otro plano muy distinto- Negri 1992). El examen de la mediación estatal en estas cuestiones, que aquí no tocamos, debe sopesar hasta qué punto tal mediación no se ha extendido hacia la potenciación manipulada del territorio doméstico de los subempleados. A su vez, cómo la mediación estatal está siendo en parte reemplazada, en la tarea de resocializar a territorios que quedan relativamente “afuera”, (capilar, puntual, heterogéneamente) por las organizaciones “no gubernamentales” -cuya práctica ha refigurado en países como Bolivia a la relación estado/sociedad civil.

B) Tampoco se enfocó en la unidad doméstica como *unidad de producción y consumo*. Enfatizándola, tienden a soslayarse sus aspectos no unitarios (p. ej. la dispersión de sus miembros por las migraciones laborales; los desfasajes entre la producción doméstica, por un lado, y la venta de fuerza de trabajo por parte de sus miembros, por el otro), cosificándola. Un análisis que comprenda al ámbito doméstico en base a la producción consumidora permite analizar más precisamente que el recurso al ‘indiviso’ de la producción y el consumo domésticos.¹⁷ He mostrado que la aparente unidad de la producción y el consumo no es un inescindible propio de cierta forma social campesina o doméstica, sino una zona de inseparabilidad, presente en toda sociedad, en la cual pueden identificarse empero formas concretas de variación. Tal supuesta indivisibilidad de la producción y el ingreso doméstico tiene su correlato con la consideración, a priori, de la unidad doméstica como un sujeto estrategia -soslayando los posibles y probables conflictos violentos de clase de edad y de género internos a aquella, exacerbados por el repiegue doméstico. A su vez, el estar en tal situación de

desposeídos se repliegan no es el único en el que puede registrarse la mayor sordidez cotidiana; sí es el que es mucho más frecuentemente delictizado y expuesto a la obscenidad de los servicios informativos, convirtiendo a aquella sordidez y delincuencia en principal atributo de los más pobres.

C) Se evitó recurrir a la noción teleológica de “*estrategia de supervivencia*”. No deja de ser curioso el empleo finalista (adjudicado generalmente a individuos o unidades familiares de extrema desposesión) de un término de origen bélico que supone aludir a la totalidad de una fuerza social en tanto controlante de su distribución espacial y dueña de la iniciativa en el manejo de los tiempos. ¿Debemos llamar estrategia aun a las situaciones donde se come o elabora la basura: lo que otros han arrojado, por inútil, fuera de su territorio propio? ¿A las situaciones donde no se puede manejar el tiempo, «viviendo al día» hasta el punto de no poder esperar el pago mensual salarial?¹⁸ ¿Es esta situación comparable siquiera al manejo de los tiempos que supone el control de la emisión monetaria inflacionaria o de la deuda pública, en manos del estado-nación y sus detentadores; al manejo espacial vigente en el proceso de traslado de industrias, (no sólo a los *sweatshops* de Singapur o Guatemala, sino también a los de Nueva York)?¹⁹ Asimismo, es llamativo cómo al incorporarse aquel término no se lo hizo también con su complemento: el de *táctica*. Cuando es justamente la relación *táctica/estrategia* la que permite pensar, como parece ser pertinente en el caso de los “pobres”, tanto el mantenimiento de un territorio propio (estrategia) como la práctica relativa al territorio ajeno, dependiente de la ocasión favorable (táctica). Muchas de las llamadas “estrategias” (como la recolección de basura) son prácticas donde el territorio propio o estratégico está casi aniquilado.²⁰ Más aún, suele olvidarse que quienes las desarrollan tienen contendientes: hay otros territorios, otras estrategias en juego, y en un campo de relaciones de fuerza.²¹

Para una territorialidad capitalista en un momento dado, el desempleo supone la *competencia* entre los desposeídos por apropiarse de la parte de capital variable (la masa salarial disponible) que globalmente les corresponde al conjunto de los necesitados de vender fuerza de trabajo. (Algo análogo podría decirse de la venta de “bienes y servicios informales” -no rentables en forma de ganancia media capitalista). Puede merecer reservas, como las que haremos sobre la posibilidad de nivelación de los valores individuales de la fuerza de trabajo, la extensión del análisis clásico de la competencia entre capitalistas a la competencia entre trabajadores. No obstante, tal análisis tendría la virtud de poner sobre la mesa un difícil problema, a menudo soslayado: las condiciones en las que prácticas concientes se invisten de un carácter invertido y fetichizado; la relación entre intención individual y resultado social. No sabemos todas las consecuencias de lo que hacemos, pero actuamos. Si no se quiere distinguir al desembolso en salarios (en capacidad movilizadora de trabajo vivo) de cualquier otra erogación, se podrá decir que la ganancia surge de la venta por encima de sus precios de costo (la ganancia aparece así como emergente de la circulación, y no como

apropiación surgida en el proceso productivo). Es así una peculiaridad de la competencia capitalista el que la fuente "marginal" de la ganancia aparezca subjetivamente como pequeñas tajadas por encima de los precios de costo. Por su parte, los rebusques domésticos, aunque pueden posibilitar la depreciación de la fuerza de trabajo, pueden aparecer de modo análogo como fuente de ingreso, para los trabajadores y para los analistas. Hay quien considera a prácticas como la «autoconstrucción» como «fuente de ingreso» (p. ej. Cariola 1991: 122) cuando en realidad se trata de trabajo que sustituye a un egreso monetario: se puede vivir de una fuente de ingreso, no de la autoconstrucción. Algunas de estas formas posibilitan salarios más bajos que la media histórica; las "estrategias" redundan así en una victoria particular, pero contribuyendo al abaratamiento general de la fuerza de trabajo. Esta paradoja muestra la necesidad de distinguir más cuidadosamente, en la territorialidad capitalista, las pautas de acción en el territorio propio y en el ajeno. Asimismo, no sólo ver el pasaje de las "estrategias" a los reclamos políticos, sino ver unitariamente cómo se verifica la relación de fuerza en estas prácticas económicas.

El análisis aquí esbozado no opone lo "doméstico" a lo "capitalista", lo "formal" a lo "informal". Aunque no se ha partido aquí desde el punto de vista de la acción social, se ha mostrado una forma de acción fundamental, que puede ser desarrollada desde el territorio propio, allí donde el teórico de la acción social no ha visto sino una caracterización pasiva y negativa, al definir a los desposeídos como «privados del consumo» (Touraine 1987).²² Asimismo, muestra ciertos aspectos de las relaciones domésticas en el mismo idioma con el que la economía política describe lo que sucede en el proceso productivo capitalista -lo que implica hacerlo de modo descarnado, abstracto. Se necesita un análisis análogo para entender unitariamente a las "estrategias de sobrevivencia" (que tiende a ser el nombre que reciben ciertas prácticas donde domina el momento táctico) y a las estrategias y tácticas políticas populares.

El arrinconamiento de las estrategias populares, en boca de muchos investigadores, a lo casi-individual, no sólo es coherente con el gran relato sobre el fin de los grandes relatos, sino también con la relativa atomización de los desposeídos tras las grandes derrotas populares de los años 70. El que tan a menudo se describan "estrategias" sin contendientes puede deberse a dos cosas. Por un lado, a un beneficio de enunciación: quien así hable omite nombrar a las personificaciones concretas capitalistas. No se busca tanto averiguar si hay o no una práctica colectiva, (estrategia) y qué forma asume, sino averiguar, en cambio, las formas en que los desposeídos se involucran parcial y atomizadamente: a nivel familiar, individual, y de pequeños grupos (es decir más bien la dimensión táctica de la práctica). La situación de consumo -es decir la base del territorio estratégico-, es vista cabeza abajo, como resultado teleológico de una estrategia.²³

Si tenemos, por otra parte, una situación objetiva donde sin poder librarse enfrentamientos frontales, se recurre -hoy por hoy- a tácticas económicas como las

descritas. Éstas, junto a otras tácticas, forman parte de la dimensión económica del repliegue -en el sentido de desplazamiento de posiciones más expuestas hacia posiciones menos expuestas; el que argumentaba Rodolfo Walsh en diciembre de 1976: «... las masas no se repliegan hacia el vacío, sino al terreno malo pero conocido, hacia relaciones que dominan, hacia prácticas comunes... componentes de su identidad social y política».

¿En qué medida las llamadas “estrategias familiares” desarrolladas en el territorio doméstico son resultado de la competencia entre trabajadores? ¿Hasta qué punto los territorios específicos donde las relaciones domésticas tienen más peso en la reproducción social contribuyen a reiterar las segmentaciones en el mercado de trabajo? O, por el contrario: ¿cuándo y cómo en la defensa y ampliación del territorio doméstico y la producción consumidora se verifica el fortalecimiento de los trabajadores? Creo que son éstas las preguntas fundamentales, para cuya respuesta creo útil la discusión de este esbozo.

A modo de conclusión

La fórmula del capital ha sido descrita clásicamente como la suma de sus partes constante y variable, capaces de brindar plusvalor bajo la forma de ganancia media. Así, la jornada laboral supone determinada cantidad de tiempo, necesario para adquirir las mercancías relativas a la suma desembolsada por el patrón como salario. Aparentemente, a esto equivaldría el *valor* de la fuerza de trabajo. No obstante, más allá de la transacción salarial, deberían tenerse en cuenta otras dimensiones, que también forman parte del tiempo de “trabajo necesario”. Buscando analizar unitariamente a las relaciones productivas capitalistas y las situaciones sociales de consumo doméstico, podemos ahora esbozar los siguientes condicionantes de tales situaciones.

Es la realización de mercancías la que aparece como más directa e inmediatamente limitada por relaciones capitalistas, pues la capacidad consumidora doméstica está determinada al respecto por el precio de la fuerza de trabajo y de las demás mercancías. Las relaciones domésticas, por su parte, delimitan más inmediata y directamente que las capitalistas a la posibilidad de transformar materialmente un medio de consumo. Lo doméstico a su vez aparece como limitado por el carácter de los miembros del grupo de consumo: edad; sexo; relación entre los trabajadores y los consumidores no trabajadores. (La determinación mercantil-capitalista es en esta instancia más indirecta y mediada). Además, por el tiempo de trabajo disponible; éste está determinado prioritariamente por la ausencia o presencia de empleo asalariado; en este último caso, por las condiciones que el acceso a tal empleo impone. Al respecto, son decisivos el carácter extensivo e intensivo de la jornada laboral, la ubicación del territorio capitalista y la situación del territorio doméstico. A saber: a) Duración inmediata de la jornada laboral. b) Su intensidad, pues ésta tiende a correlacionarse

directamente con el tiempo de descanso. c) Tiempo de traslado “del trabajo a casa” -que puede ocupar 50 y más horas mensuales. Esta situación pauta las condiciones de la producción consumidora en términos de tiempo disponible: hay parejas de asalariados cuya maternidad y paternidad puede verse condicionada por el desembolso en niñeras y guarderías; hay familias donde no todos sus miembros necesitan asalariarse, escapando a aquel condicionamiento. Las pautas en términos de disponibilidad de territorio: tener o no que desembolsar para comer fuera de la casa, por ejemplo.²⁴

También son constituyentes de las posibilidades de producción consumidora el repertorio de enseres domésticos y los conocimientos técnicos. Ambos pueden posibilitar la producción de mercancías producidas por el trabajador (“autoempleo”): muchos artesanos y pintores, -o, en su caso, peones de la construcción-, a menudo tienen un bagaje de herramientas y una calificación que poco difiere de la media (capacidad de trabajo simple). Incluso en hogares con fuertes rasgos campesinos -sin ingresos estables salariales- es muy común encontrar herramientas de albañil como cucharas, fratachos, y hasta niveles de burbuja. Con ellos puede concurrirse al mercado de trabajo.

De la forma en que aquí se describió el modo en que relaciones domésticas se imbrican con las capitalistas plenas, puede deducirse que el valor individual de la fuerza de trabajo no es igual a su precio -al salario. Ya se ha dicho que la existencia de capacidades diferenciales de producción consumidora hace que la capacidad de consumo no se correlacione necesariamente con el ingreso. Más precisamente: si todos los bienes son adquiridos en el mercado *en el exacto estado en que van a ser consumidos*, el salario es exactamente igual al valor de la fuerza de trabajo. En la medida en que esto no ocurra, el valor individual de la reproducción de un individuo o de un grupo de comensalidad se alejará en proporción directa del precio de la fuerza de trabajo, siendo entonces mayor al monto del salario. Este tiempo de trabajo doméstico puede ser metodológicamente sumado al tiempo involucrado en la jornada laboral por ser uno tan socialmente necesario como el otro. Dicho de otro modo: por verificarse allí una mediación social imprescindible que expresa el estado general de las relaciones de producción -el estado de la territorialidad.

Esto cae fuera de las leyes de la economía si se restringe lo económico al ámbito de la mercancía: donde el consumo termina en la realización mercantil. Sí entra dentro de las condiciones de producción de la escasez y la riqueza en términos más generales, incluyendo aquí tanto las condiciones del disfrute, del descanso, del poder desenvolver potencialidades; como las de la fatiga, el sufrimiento corporal, el aumento de tiempo involucrado en trabajo necesario -pérdida de tiempo libre, miseria cotidiana.

Puede decirse que en la situación de consumo donde se tiende a trabajar ahorrándose desembolso, comparada con una donde se tiende a realizar valor ahorrándose esfuerzo, la gente *no se reproduce en los mismos valores individuales*. Al no introducir un operador como el trabajo abstracto o el trabajo social medio no es pertinente plantear si estos cuerpos humanos se producen y reproducen a valores

sociales distintos. (Una dificultad adicional para considerar al trabajo doméstico como trabajo en general es su carácter de estar determinado cualitativamente por edad y, sobre todo, por género).²⁵ Lo aquí mostrado, por ahora, alcanza para advertir que distintos cuerpos humanos se reproducen y producen a *valores individuales* distintos, -un modo más conceptual de decir que la vida no les cuesta a todos lo mismo. Tal valor individual (verificable en el individuo o en el grupo de comensalidad) aparece así como bisagra y como medición extensiva e intensiva de las relaciones sociales involucradas.

NOTAS

- ¹ A diferencia de una proposición monádica, un concepto no se constituye por la independencia de sus variables sino por la inseparabilidad de sus variaciones (Deleuze y Guattari 1991). En esta obra se hallan sugerencias sobre zonas de inseparabilidad, personajes y variaciones conceptuales y procesos de (des)territorialización.
- ² Sobre propiedad, territorialidad, y formación y realización de poder, cfr. J.C. Marin, 1996 (sobre todo capítulos 3 y 4).
- ³ Como vencer barreras espaciales significó y significa ganar tiempo y dinero; como la velocidad de circulación de las mercancías es condición central en la acumulación de capital, la progresiva monetización de relaciones transformó, a lo largo del desarrollo capitalista, las cualidades del tiempo y del espacio (Harvey 1990: cap 14; cf. también cap. 26, y sus sugerencias sobre un materialismo histórico-geográfico).
- ⁴ Al parecer, estos comerciantes americanos de larga distancia pagaban tributo. Sobre esto ver Chapman (1957) y Oberem (1976).
- ⁵ Kriedte et al. [1977]; Astarita 1992. Jódar y Lope han hecho una comparación entre la industrialización europea incipiente y la “economía sumergida” europea actual, análoga al “sector informal” (1986: 35-44). De Soto argumentó que «los informales», (mostrados como empresarios schumpeterianos) marcan la superación de las barreras del «mercantilismo» actualmente vigente en América Latina, construyendo un verdadero capitalismo que hasta ahora estaría ausente. Para ello dedica dos capítulos a la transición europea del “mercantilismo” al capitalismo, sin el menor tratamiento -con sólo una mención marginal (1987: 262, n.)- del *putting out system* o *Verlagsystem*: del inicio de un modo *productivo* capitalista.
- ⁶ El cual «era también la experimentación de una producción rigurosamente capitalista de la fuerza de trabajo mediante la desaparición progresiva de la familia en esta empresa» (Meillassoux [1975]: 202).
- ⁷ En una fábrica del sur de Francia, las cuatrocientas obreras «debían levantarse todas las mañanas a las cinco. A las cinco y cincuenta debían haber terminado su aseo personal. haber hecho la cama y tomado el desayuno; a las seis comenzaba el trabajo obligatorio que terminaba a las ocho y cuarto de la noche. con un intervalo de una hora para comer; a las ocho y quince se rezaba una oración colectiva y se cenaba; volviendo a los dormitorios a las nueve». Estas fábricas -desde Estados Unidos hasta Inglaterra. Suiza y sudeste francés- habrían llegado a emplear a 40.000 mujeres (Foucault [1973]: 122).
- ⁸ «Como una conducta general es necesario recordar la consigna de las horas de vigilia y

- observación: del trabajo a casa y de casa al trabajo. No actuar, sino en contacto y coordinación con la policía por los comandos tácticos... Atentos y vigilantes: es la consigna» (Discurso del presidente Perón, 13-6-1955; v. también 15-7-55).
- ⁹ Prefiero hablar de “capacidad laboral” o capacidad de trabajo para designar a las potencialidades laborales del cuerpo humano que no han adquirido la forma mercantil, reservando “fuerza de trabajo” para designar al trabajo social medio empleado bajo relaciones capitalistas. La llamada “producción mercantil simple” remite a la circulación simple: una forma general y abstracta que, suponiendo siempre la consumación de todos los bienes adquiridos, puede asumir los más diversos contenidos sociales.
- ¹⁰ El trabajo doméstico asalariado es improductivo pues «no es trabajo que ponga valores de cambio» (Marx [1863]: 80). No obstante, hizo observaciones al pasar, pero muy incisivas, sobre el efecto de la pauperización capitalista sobre el consumo familiar (*El capital*, cap. 13) donde el «trabajo femenino e infantil» es considerado como «fuerzas de trabajo subsidiarias».
- ¹¹ Se incluía aquí solamente al personal que «servía en casas particulares». Hacia 1870 el número de sirvientes varones (alrededor de un 10 % de las «clases domésticas» de 1861) se había duplicado (ibíd.: 544, n.).
- ¹² En tiempos contemporáneos, cabe recordar el agradecimiento de la autora de *Cómo sobreviven los marginados* «a los numerosos marginados» que han colaborado con la investigación: cognoscitivamente y «brindándome su trabajo doméstico, sin el cual no hubiera sido posible para una mujer latinoamericana de clase media encontrar la dedicación necesaria para llevar a cabo una labor científica» (Lomnitz 1975: 13).
- ¹³ M. de Certeau analiza cómo, por el desarrollo de la cientificación, las *manières de faire*, al ir siendo relegadas a la novela realista del XIX, «encuentran allí un nuevo espacio de representación, el de la ficción poblada por las virtuosidades cotidianas... la literatura se transmuta en repertorio de estas prácticas desprovistas de copyright tecnológico» (1990: 109).
- ¹⁴ Golte y de la Cadena, analizando la codeterminación de lo mercantil y lo campesino andino, señalan que es posible mantenerse como productor campesino mediante el recurso de «“sacar” una parte del proceso productivo del mercado general»: exponiéndolo a la medición mercantil el campesino pierde (1983: 9).
- ¹⁵ La poesía de César Vallejo está atravesada por el sentido de la pérdida de los afectos de la comensalidad, que él describió como nadie.
- ¹⁶ Una notable antropóloga y un economista definieron curiosamente a los «artículos de primera necesidad» como «aquellas mercancías de las que se compra siempre la misma cantidad, sin tener en cuenta las modificaciones en precios y salarios; tales bienes son tan necesarios... que [el consumidor] sigue comprándolos *aun después de que su ingreso disminuya*» (Douglas e Isherwood 1990: 113). Análogamente, se argumentó que como el sector informal supone facilidad de entrada, y el aumento de trabajadores ocupados en el sector supone un descenso del ingreso por persona ocupada, «dicho ingreso fluctuará *entre un nivel mínimo de subsistencia* y el nivel al que se encuentran alternativas de trabajo» (Tokman 1977: 13) [cursivas mías].
- ¹⁷ Chayanov aportó una serie de elementos para el análisis de la organización campesina -en términos de combinación de factores lógico-empíricos como tierra, trabajo y “capital” [1925 a]. No obstante, insistió también en que al faltar la categoría “salario” «no hay manera de descomponerlo analítica u objetivamente» al ingreso campesino [1925 b: 53].

-
- ¹⁴ En los contenedores de basura de La Paz, Bolivia, además de quienes buscan papel o vidrio para revender «existen otras personas que se “especializan” en la recolección de presas de pollo. Marta y sus rivales en esta pesquisa seleccionan los huesos, las menudencias, separan la grasa. Los huesos los venden a lugares de reciclaje que elaboran productos balanceados que vuelven al buche de los nuevos pollos. Otros huesos mezclados con cáscaras de papa sirven de alimento a los cerdos. Las menudencias se lavan en una pileta pública, o en agua que les regalan en las casas vecinas. Parte sirve para consumo propio, el resto se vende en pensiones populares o en mercados. La grasa, desprendida con destreza, es diluida en una sartén: guardan cuidadosamente ese aceite» para venderlo en «los puestos de comida frita. Los fines de semana su actividad en torno al contenedor es más intensa, porque las amas de casa suelen dedicarse al aseo y eso produce mayor cantidad de basura». Una mujer y dos niños trabajan así hasta que el contenedor se vacía, 12 horas diarias, todos los días. «Sacamos unos 6 bolivianos [1,2 dólar] diarios. Si trabajáramos de empleadas domésticas tendríamos que esperar el pago a fin de mes, y nosotros vivimos al día» (*Presencia*, 2-9-1994).
- ¹⁹ Como ejemplo de estrategia geográfica Lacoste menciona a la división del trabajo de la seda en Lyon, a mediados del XIX, en múltiples operaciones técnicas; «ésta fueron diseminadas en un amplio radio en el campo: sólo el “mercader-fabricante” sabía dónde se hallaban los numerosos talleres que trabajaban para él y el personal de cada uno de ellos ignoraba dónde estaban los demás». Este manejo estratégico del territorio, con los consiguientes obstáculos organizativos para los trabajadores, se verifica hoy en la subcontratación contemporánea (Lacoste 1976: 25).
- ²⁰ De Certeau sugirió un modelo que restringe el término “estrategia” a un sujeto con voluntad y poder con un lugar propio y usa “táctica” como acción calculada en el espacio del otro. Se desarrolla así la lógica concreta de las artimañas [*ruses*] tácticas de las artes del hacer cotidiano (1990). Quizás contraponen demasiado las “tácticas”, o acciones que no son acumulables por no disponerse de un espacio propio, a las “estrategias” de quienes sí lo disponen. No obstante, ¿puede pensarse a alguien sin un mínimo territorio?
- ²¹ Desde el punto de vista de la adaptación funcional «los marginados son como los cangrejos: realizan ciertas funciones útiles dentro de la ecología urbana, se alimentan de sus sobras y viven en los intersticios de la ciudad, física y económicamente hablando» (Lomnitz 1985: 11). Se dice que migraron de un «nicho ecológico» rural, a uno que está «en simbiosis» con lo urbano, mas lo «esencial de la marginalidad es su falta de vinculación y de integración al sistema económico urbano-industrial» (p. 219, cursivas mías).
- ²² «La historicidad, considerada como un conjunto de recursos extraídos del consumo, está controlada por un grupo específico que se identifica con ella y la identifica... con sus propios intereses. El resto de la población, y especialmente aquellos sobre quienes descansa este proceso de inversiones a través de la privación del consumo que provoca, tratan de protegerse del grupo dirigente y retomar el control de la historicidad». Se alude a los procesos de acumulación sin mencionar al trabajo social vivo: el poder de poner lo nuevo se desplaza de la cooperación productiva a la «capacidad de la sociedad de autoproducirse», la «creatividad humana», etc. (1987: 68 y pássim).
- ²³ El caso de quienes «no alcanzan a satisfacer las necesidades básicas mínimas de la reproducción material» muestra que «las estrategias económicas implementadas... son inviables» (Cariola 1991: 105-06). Un texto que tiene en cuenta al menos a nivel programático

los condicionantes de clase: Torrado (1985). Agradezco esta última referencia al antropólogo Ramón Altamirano.

- ²⁴ Por la creciente distancia entre el trabajo y la casa, a principios de los años 1920 un quinto de la población estadounidense debía consumir bebidas y comidas fuera del domicilio (Jiménez 1995: 43).
- ²⁵ El desarrollo ulterior de esta sugerencia se enriquecería con el contraste de las teorías feministas del trabajo doméstico. (V. un repaso crítico, relativo a la invención de la "unidad doméstica", en Hart, 1992).

REFERENCIAS

- ABDUCA, R. G. 1995: «Campesinos con ocupación obrera. Relaciones campesinas y dependencia salarial en una cabecera de valle argentino-boliviana». En: H. Trinchero (ed.) *Producción doméstica y capital*. Buenos Aires: Biblos.
- ARGENTINA, República, 1898: *Segundo censo de la República Argentina... mayo de 1895*. Buenos Aires: Talleres gráficos de la Penitenciaría Nacional.
- ASTARITA, Carlos, 1992: *Desarrollo desigual en los orígenes del capitalismo*. Univ. de Buenos Aires/Tesis Once.
- CARIOLA, Cecilia, 1991: «Las estrategias económicas: el difícil camino de obtener los recursos para la sobrevivencia». C. Cariola (ed.) *Sobrevivir en la pobreza: el fin de una ilusión*. Caracas: CENDES/Nueva Sociedad.
- CHAPMAN, Anne 1957: «Port of Trade Enclaves in Aztec and Maya Civilizations». En: K. Polanyi, C. Arensberg y H. Pearson: *Trade and Market in the Early Empires*. Glencoe: The Free Press.
- CHÁVEZ O' BRIEN, Eliana, 1987: «Microempresas y desarrollo económico. El sector informal urbano en el Perú». *Nueva Sociedad* 90; Caracas.
- CHAYANOV, Alexandr V. [1925 a] 1985: *La organización de la unidad económica campesina*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- [1925 b] 1981 «Sobre la teoría de los sistemas económicos no capitalistas». *Chayanov y la teoría de la economía campesina*. México: Pasado y Presente.
- DE CERTEAU, Michel 1990: *L'invention du quotidien, 1. Arts de faire*. Paris: Gallimard. [Nva. edic., por L. Giard].

-
- DE SOTO, Hernando 1987: *El otro sendero*. Buenos Aires: Sudamericana.
- DEERE, Carmen D., 1990: *Household and Class Relations*. Berkeley: Univ. of California Press.
- DELEUZE, Gilles y Félix Guattari, 1991: *Qu'est-ce-que la philosophie?* Paris: Minuit.
- DOUGLAS, Mary, y Baron Isherwood [1979] 1990: *El mundo de los bienes. Hacia una antropología del consumo*. México: Grijalbo.
- FOUCAULT, Michel [1973] 1983: *La verdad y las formas jurídicas*. México: Gedisa.
- GOLTE, Jürgen, y Marisol de la Cadena 1983: «La codeterminación de la organización social andina». *Allpanchis phuturinga*, (XIX), 23: 7-34. Cuzco.
- HART, Gillian 1992: «Imagined Unities. Constructions of 'the Household' in Economic Theory». Sutti Ortiz y Susan Lees (ed.) *Understanding Economic Process*. Lanham, MA (EU): SEA Monographs in Economic Anthropology, 10.
- HARVEY, David [1990] 1995: *The Condition of Postmodernity*. Oxford: Blackwell.
- HOBBSAWM, Eric J. 1977: *La era del capitalismo*. Barcelona: Guadarrama.
- 1994: *The Age of Extremes. A History of the World, 1914-1991*. New York: Pantheon.
- INGOLD, Tim, David Riches y James Woodburn (comp.) 1988: *Hunters and Gatherers, 1. History, Evolution and Social Change*. Oxford: Berg.
- JIMENEZ, Michael 1995: «'From Plantation to Cup'. Coffee and Capitalism in the United States, 1830-1930». W. Roseberry, L. Gudmundson y M. Samper: *Coffee, Society and Power in Latin America*. Johns Hopkins Univ. Press.
- JODAR MARTINEZ, P., y A. Lope-Peña, 1985: *Con el agua al cuello. El trabajo en la economía sumergida*. Madrid: Revolución.
- KRIEDTE, P., H. Medick y J. Schlumbohm, [1977] 1986: *Industrialización antes de la industrialización*. Barcelona: Crítica.
- LACOSTE, Yves [1976] 1990: *La geografía: un arma para la guerra*. Barcelona, Anagrama.

- LOMNITZ, L. A. de, 1975: *Cómo sobreviven los marginados*. México: Siglo XXI.
- MARIN, Juan Carlos 1996: *Conversaciones sobre el poder. (Una experiencia colectiva)*. Universidad de Buenos Aires; Instituto de Investigaciones "Gino Germani"/Ciclo Básico Común.
- MARX, Karl [1857-58] 1971: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*. Buenos Aires: Siglo XXI. [Se consultó la «Einleitung», en K. Marx y F. Engels: *Ausgewählterwerke*, B. II, Berlin, Dietz, 1986].
- [c.1863] 1985: *Resultados del proceso capitalista de producción. (El capital, cap. VI, inédito)*. México: Siglo XXI.
- [1867-94] 1975-81: *El capital*. México: Siglo XXI.
- McCRACKEN, Grant 1988: *Culture and Consumption*. Indiana Univ. Press.
- MEILLASSOUX, Claude [1975] 1985: *Mujeres, graneros y capitales. Economía doméstica y capitalismo*. México: Siglo XXI.
- NEGRI, Toni 1992: *Fin de siglo*. Barcelona: Paidós.
- OBEREM, Udo 1976: «El acceso a los recursos naturales de diferentes ecologías en la Sierra ecuatoriana (siglo XVI)». En: *Actes du XLII Congrès Internationale des Américanistes*, vol IV. París.
- PERON, Juan [Discurso del 13-6-55] 1986: Milcíades Peña (comp.): *El peronismo. Selección de documentos para la historia*. Buenos Aires: El Lorraine.
- POULANTZAS, Nicos [1978] 1986: *Estado, poder y socialismo*. México: Siglo XXI.
- PRESENCIA, 2-9-1994: «Los que viven de lo que otros tiran». La Paz, Bolivia.
- TOKMAN, Victor, 1977: «Dinámica del mercado de trabajo urbano: el sector informal urbano en América Latina». Doc. de trabajo n° 13, PREALC/OIT.
- TORRADO, Susana 1985: «El enfoque de las estrategias familiares de vida en América Latina: Orientaciones teórico-metodológicas». *Cuadernos del CEUR*, n° 2. Buenos Aires.

TOURAINÉ, Alain, 1987: *El regreso del actor*. Buenos Aires: EUDEBA.

WALSH, Rodolfo J. [1976] 1994: «Asunto: Aporte a la discusión del informe de Consejo». En: Roberto Baschetti (comp.). *Rodolfo Walsh, vivo*. Buenos Aires: De la Flor.

WOLF, Eric [1982] 1993: *Europa y las gentes sin historia*. Buenos Aires: FCE.